



la calle de, la música

Ahora todo es nuevo, todo se llama de distinta forma, todo está cambiando a marchas forzadas. En las calles se sustituyen los rótulos de nombres que recuerdan otras fechas y otras historias, por otros en honor de renterianos ilustres, vascos famosos o héroes de guerras anteriores a la última. Todo vuelve a unos cauces más locales, más de nuestro pueblo o nuestra región, pero... hay cosas que no pueden ni deben cambiar. Hay

nombres que están tan arraigados en el pueblo, que sería poco menos que una traición a nuestras costumbres y tradiciones populares el tratar de cambiarlos; por ejemplo: la Calle Magdalena. Esta solo se puede llamar calle Magdalena, no cabe otra posibilidad.

Dejando bien sentado esto de que no se puede llamar de otra forma, fantaseemos un poco ahora que éste número está dedicado a la música

y veamos como a mi juicio se hubiera podido rebautizar.

Unicamente se hubiera podido llamar "Calle de la Música".

Todos los que en ella nacimos y correteamos de jóvenes, niños y adultos, ahora al vivir en lugares distintos, nos vienen a la memoria recuerdos de la calle Magdalena, pero todos ellos con su particular música.

Todo el que haya vivido hace más de treinta años en las inmediaciones de la carbonería de Enrique, se acordará de las veladas que al piano se cascaba Felix Lavilla en el Bar Magdalena. También recordarán como con la frente pegada a los barrotes del balcón veíamos pasar la procesión de San Marcos o las rogativas para humedecer los cielos con sus cánticos particulares y su Don Marcos indefectiblemente al frente.

Todos los que ahora peinamos canas, recordamos, "de oídas" a los Incansables con Camacho al frente. Todos también tuvimos nuestro bautizo de "Banda" en las fiestas de la calle que se celebraban en la octava del Corpus, y a la que asistía la banda de música en pleno para amenizar la noche festiva. Y no podía estar éste anecdotario de la historia musical de la calle Magdalena sin hacer referencia a nuestro músico particular, el que nació allí, en nuestra calle; y a nuestro juglar, el que eligió la calle para vivir y morir. Se trata naturalmente del músico que tiene en su haber dos Concursos internacionales de Txistularis —algo así como el campeonato del mundo de la especialidad— Evaristo Goñi, que nació en la calle Magdalena de antes, la que no terminaba en el puente del "Topo", la que seguía hasta la Lanera. El otro, es "Xenpelar" naturalmente.

Con todo este breve anecdotario, no he querido más que centrar la importancia de la música en la calle Magdalena a través del último siglo, pero los que vivimos en la calle en el último

cuarto de siglo, estoy seguro que llamaríamos a la calle "Calle del Tango" en honor a la memoria de nuestro más singular intérprete Agustín Cobos.

Noches y noches, a mis quince o dieciseis años, he estado asomado a la ventana escuchando como el sentimiento y la voz cascada, tanguera de Agustín, desgranaba en medio de la noche su lamento porteño.

"Eche amigo, nomás écheme y llene hasta el borde, la copa de champán" estrofas que cada vez que las oigo me hacen sonreír buscando casi con la mirada la antigua casa de la Guardia Civil, donde terminaban todos los tangos de Agustín para proferir su:

"Viva el Rey"

para añadir a continuación de forma apaciguadora:

— De Francia —

o su "Gora Euskadi Hasta Calcuta" para a continuación enfervorizar a los "señores diputados" con una encendida disertación política.

Tiempos que no volverán y que en forma de fragmentos musicales vienen hasta mi memoria. Curiosamente hoy, la antigua Casa Cuartel de la Guardia Civil está convertida en conservatorio de música y esto también es como una predestinación del lugar, porque donde hoy aprende a solfear y cantar nuestros niños, no me negarán ustedes que anteriormente no habrán "cantado" cantidad de gitanos.

Si no se hubiera llamado calle de la Magdalena, no hubiera sido posible otro nombre más que el de calle de la Música, una calle que se curtió bajo el son del campanario de la torre, la percusión de los cascotes de la mula de Enrique y la cadencia de un lamento en la voz única, armoniosa y jovial de Agustín Cobos...

¡Hay Madalen, Madalen... no podías haber estado en mejor calle...!

A Eceiza Goñi